

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA ELENA, EMPERATRIZ ⁽¹⁾.

*¿Mulierem fortem quis inveniet?... Mu-
lier timens Dominum ipsa laudabitur.*

¿Quién encontrara la mujer fuerte?...
La mujer temerosa de Dios será alabada.
Prov. cap. XXXI.

¿En qué funda su esperanza el moderno filosofismo cuando en su loco orgullo cree fácil destruir la fundación divina de la Iglesia, y echar por tierra la verdad católica que ha civilizado el mundo? ¿En qué razones se fundaba Federico para batir palmas y Voltaire para preparar un epitafio á la tumba del cristianismo? En verdad, mis señores, hace siglos que no existiría la Iglesia, según las grandes persecuciones que contra ella se han suscitado desde la aurora de sus primeros días, si hubiera sido obra de los hombres. Menos esfuerzos han sido necesarios para destruir los más florecientes imperios, y echar por tierra antiguas dinastías. Mas la Iglesia, obra exclusivamente de Dios y

(1) Predicado en la iglesia del hospital de Santa Cruz de Barcelona, año 1865.

no del hombre, es un edificio robusto, tanto más, cuanto que está sostenido por el dedo de la Divinidad. Así se comprende que las persecuciones de los emperadores paganos no tuvieran otro resultado que dar más vigor y más vida al naciente cristianismo, pues que multitud de héroes, llenos de fortaleza, supieron hacer frente al poder de la idolatría, consumando en atroces martirios una vida dedicada á la defensa de la fé, y que esta sangre inocente fuera una fructífera semilla que produjera nuevos defensores de la verdad. Lo que deriva de un principio eterno no puede jamás ser destruido por el mísero mortal que no es otra cosa que polvo y ceniza. Así se comprende también cómo todos los esfuerzos que en el pasado siglo hiciera la escuela filosófica nacida en Francia, no pudiera conseguir el objeto que se propusiera, por más que para conseguirlo pusiera en juego cuantos recursos fueran imaginables, arrastrando la patria de San Luis á la más funesta anarquía, así en el orden religioso, como en el político. ¿Dónde están, señores, aquellos que juraron esterminar el catolicismo? ¿Cómo es que existe aun la Iglesia que creían en su última agonía? ¿Y cómo es que existe triunfante, gloriosa y llena de poder? ¡Ah! mientras las cenizas de sus enemigos yacen en el polvo del olvido, la Iglesia santa, la Esposa de Jesús, congrega á sus hijos, y celebrando las festividades de sus santos, les recuerda con su ejemplo que la verdadera grandeza, el verdadero heroísmo, tiene por base la virtud. Mientras tanto sus tenaces enemigos hacen esfuerzos por su destrucción, ella por medio de sus ministros, por el órgano de sus sacerdotes convida con la paz, y anuncia de mil modos los caminos de la salud eterna. Abre á nuestra

vista sus gloriosos fastos, y llamándonos al recuerdo de aquellas privilegiadas criaturas que fueron estrellas brillantes de la militante Jerusalem, sus columnas y mas firmes sustentáculos, nos hacen ver que los sábios y los conquistadores, los grandes y poderosos, desaparecen á la presencia de los que no se dejaron deslumbrar por el vano oropel de los honores, y que pudiendo beber á su gusto la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, jamás la acercaron á sus lábios.

Domostracion tangible de esta verdad es la ilustre heroína, la gloriosa Santa Elena, emperatriz, cuya fiesta celebramos y en cuyo honor nos reunimos hoy bajo las bóvedas de este augusto santuario. Encargado de formar su panegírico, recorreré la historia de su vida, y en sus hechos admirables, en sus grandes virtudes practicadas en la cumbre de la mayor grandeza, descubriremos en ella la mujer fuerte de que nos habla Salomon en los proverbios: digna de la alabanza de los pueblos, porque temió á Dios, trabajó por la gloria de Jesucristo, y fué por sus grandes virtudes un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. *¿Mulierem fortem quis inveniet?... Mulier timens Dominum ipsa laudavitur.*

Tengo manifestada la idea del presente discurso. Imploramos ante todo los divinos auxilios por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

«Es tal la suerte de la religion santa sobre la tierra, que siempre debe ser á la vez un objeto de menosprecio y de respeto, de amor y de ódio: está establecida en medio de las blasfemias y de las perse-

cuciones, como de los homenajes y bendiciones de los hombres (1)». Así se esplica un sábio contemporáneo al fijar su vista en la moderna incredulidad, dispuesta siempre á combatir la verdad católica. Pero ello es, señores, que esta religion, emanacion de la divinidad, vino á satisfacer una apremiante necesidad. Vino á iluminar el mundo, justamente cuando la sociedad humana, como el enfermo que lucha con los últimos embates de la muerte, parecia llegar á su proximo aniquilamiento, pues que corria por sus venas el gérmen envenenado de las mas corruptoras doctrinas.

Considerad por un momento el estado en que se hallaba el mundo al advenimiento del cristianismo; todo él á escepcion del pueblo judío, estaba sumergido en las mas densas tinieblas del error y de la idolatría; por una parte se veia un culto tan absurdo como estravagante, y por otra, costumbres las mas depravadas y licenciosas. El cetro de hierro de los césares romanos gravitaba sobre el resto de la humanidad que postrada al pié del Capitolio servia de alfombra á los soberbios dominadores.

Oid y maravillaos; era necesario concluir con la idolatría apoyada en el trono del imperio, y protegida por sus leyes; era preciso suavizar el rigor de las leyes, morigerar las costumbres, hacer entrar en sus derechos á la mitad del género humano, á la mujer, sin representacion alguna en la sociedad y á la que no se daba otra estimacion que la que puede darse á un mueble de lujo; era, en suma, preciso dar á los hom-

(1) El Obrero Filósofo ó conferencias sobre asuntos de Religion, por el M. I. Sr. Dr. D. Tomás Sivilla, Canónigo Doctoral de la santa Iglesia de Barcelona.

bres altísimas nociones de Dios y de sus atributos que en tan íntimo enlace estan con la moral; y el llevar á cabo esta obra inaugurada por Jesucristo, fué encomendada á doce hombres sin crédito, sin talento, sin proteccion, sin armas, pero iluminados por el Espíritu Santo, que los convirtió de ignorantes en sábios, de débiles en fuertes. Ellos son los que acometen la árdua empresa de derribar del trono á Júpiter, para hacer reconocer y adorar como verdadero Dios á aquel Jesus que habia muerto con la nota de infamia en el patíbulo de la Cruz.

En vano, señores, la ciudad señora del mundo se alarma, temblando por sus dioses y por su existencia. Está decretado en los consejos eternos, y contra los decretos de Dios no hay resistencia posible. La verdad se estiende por todas partes, al par que bambolean sobre sus pedestales y caen por tierra los ídolos ante los cuales quemaba incienso una sociedad abjecta y depravada.

La Iglesia, que segun la brillante espresion del Padre San Agustin, salió del costado de Jesus, tuvo una dilatada infancia: su desarrollo fué lento como la realizacion de las esperanzas humanas, lento como la presentacion del fruto en la palmera. Destinada á estenderse desde los lugares donde el estío es perpétuo, hasta los paises de invierno perdurable, tuvo que pasar por terribles pruebas que habian de ser demostracion de su verdad y de la divinidad de su Fundador. Por espacio de tres siglos vivió escondida en la oscuridad de las Catacumbas, y en el transecurso de tan dilatada época espermentó con muy cortas treguas grandes persecuciones por parte de los emperadores romanos, dando millares de mártires al cielo;

y admiraos, señores, de las mismas cenizas de las hogueras en que eran sacrificados los que profesaban y defendian la religion verdadera, brotaban nuevos cristianos, y esto de tal modo, que decia Tertuliano á los Césares, que si llegaban á esterminar por completo á los cristianos, el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria.

Dios habia determinado que concluyesen tantas tribulaciones, que solo habian servido para el mayor esplendor de la nueva religion, y para que la fortaleza de los mártires fuera una prueba que llevara el convencimiento á los mas descreidos. Llegó por fin la hora de la libertad de la Iglesia. La religion sacudió el ropaje del martirio para sentarse engalanada con los atavíos de la esposa en el trono de Constantino. El signo augusto de la Redencion se elevó magestuoso sobre el Capitolio y sobre las mas altas torres y pirámides de la ciudad señora del mundo.

Faltaba á la Iglesia poseer una reliquia preciosa, la cruz, sobre la cual consumó el sacrificio de su vida el Redentor de la humanidad. Dios en sus altos juicios dispuso que una mujer fuese la encargada de buscar tan precioso tesoro, y esta mujer fué Elena, madre del emperador Constantino. Que Dios, cuando es su voluntad soberana, se vale de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, est confundat et fortia.*

Sí, gloriosa Santa Elena: tú fuistes la heroína ilustre destinada por la Providencia para dar un dia de regocijo y verdadera alegría á la Iglesia. Tú eres la mujer fuerte que llena de valor é intrepidez supistes abordar empresas superiores á la debilidad de tu sexo: tú eres la mujer temerosa de Dios, que por tus gran-

des virtudes y hechos admirables, te has hecho acreedora á las alabanzas de la posteridad. *Mulier timens Dominum ipsa laudavitur*. Veamos, señores, la demostracion de esta verdad, recorriendo aunque con rapidez la historia de su vida.

No podemos á punto fijo señalar el lugar del natalicio de Elena, punto en que están discordes los historiadores; pero nada influye en la grandeza de los héroes la localidad en que abrieron sus ojos á la luz del mundo.

Quien hubiera visto á Elena en su juventud, hija de padres gentiles, sin conocimiento de la verdadera religion y adorando á los ídolos, ¿hubiese creído que estaba destinada para ser estrella brillante del cielo místico de la Iglesia, y una gloria de la religion de Jesucristo? Pero mil ejemplos semejantes podríamos presentar que nos hacen conocer cuan incomprensibles son los juicios de Dios y cuan menguada la inteligencia humana. Quien hubiese visto en el Nilo un niño que fluctuaba en una cestita de juncos, y que fué salvado milagrosa ó mejor dicho providencialmente por una princesa hermana de Faraon, ¿hubiese jamás creído que aquel niño habia de ser el legislador y caudillo del escogido pueblo, y que habia de recibir en el Sinaí de manos del mismo Dios las tablas de la ley? Pues sucedió así, contra lo que podia juzgar la prudencia humana. A este modo Elena, contra lo que podria pensarse de ella, estaba destinada á producir el mas célebre de los emperadores que habia de dar la paz á la Iglesia y á descubrir para que fuese objeto de adoracion, el verdadero árbol de la vida, el instrumento de la reparacion humana.

Constantino Cloro, uno de los mas famosos capi-

tanés del ejército romano, fué enviado de gobernador á Inglaterra por los emperadores Diocleciano y Maximiano, y allí contrajo matrimonio con Elena, preñado de las bellas cualidades que la adornaban, y que la hacian objeto de admiracion en su pais.

Como Diocleciano y Maximiano renunciasen en un dia el imperio, fueron nombrados Maximiano Galerio y Constantino Cloro por Césares y gobernadores: pero con la condicion, por lo respectivo al segundo, de que habia de repudiar á Elena su legítima consorte, y casarse con Teodora, hija de la mujer de Maxiliano.

Constantino Cloro amaba tiernamente á Elena, de la que ya tenia un hijo, que fué el grande Constantino, pacificador mas tarde de la Iglesia. Sin embargo, aceptó la condicion, con el objeto de asegurar el Imperio, pero disponiendo en Tréveris una magnífica residencia para Elena y su hijo, asistiéndoles en ella con la grandeza que era debida á príncipes tan estimables.

La muerte arrojó á Cloro desde el solio imperial al sepulcro, y no obstante la dilatada sucesion que tenia de Teodora, declaró sucesor del imperio á su hijo Constantino, que llegó á ser, como dice con mucha razon un historiador de su vida, el mas poderoso emperador que hasta entonces se habia visto en el mundo.

Constantino logró una grande victoria sobre el tirano Majencio, la que confesó deber á la virtud de la Cruz de Jesucristo, consiguiendo despues igual triunfo de Máximo y Licinio, sus concolegas en el imperio. Estos triunfos le hicieron conocer la asistencia del cielo, y conociendo cuán absurdo era el culto